

Cuerdas... ¿sostienen, retienen o enredan?

– ¡Gadop, ven aquí ahora mismo!

– ¡Ahora voy mamá, déjame cinco minutos porque me lo estoy pasando bomba!

Edith estaba desconcertada, porque su hijo siempre estaba a la defensiva... ¿qué le pasaba hoy?

–Gadop, haz los deberes y recoge tu cuarto antes de cenar.

–Lo he hecho antes de salir al jardín.

– ¿En serio?

La madre no sabía muy bien si estaba soñando...

Los días iban pasando y Gadop reía, jugaba, hacía las tareas y, sobre todo, caminaba saltando. Una tarde, se rompió una rama del olivo, Gadop la cogió, fue a su habitación y con una pelota de tenis en la mano, le dijo a su madre:

–Mamá, ¡ya tengo raqueta! ¿me tiras la pelota por favor?

Edith, sorprendida, le tiró la pelota y, su hijo la devolvió con la rama.

– ¡Otra vez mamá!

–Gadop, ahora no estoy para juegos, pero a la hora de cenar, me tendrás que explicar por qué últimamente caminas y corres saltando.

–De acuerdo mamá, pero no me vas a creer...

Cuando la familia estaba sentada para cenar:

– ¡Soy toda oídos!, dijo Edith.

–Hace unas semanas, un mono, un espárrago y una señora en forma de zanahoria llamada T.T. vinieron a verme para jugar a cartas conmigo. Me enseñaron el juego de las cuerdas.

El padre reía por lo bajo y la madre no podía hablar...

–Eran unas cartas mágicas, porque en cada una había un dibujo del objeto o de la persona a la que estás unido por una cuerda grande y pesada. Al mono, le salían cartas de relojes de oro, collares y entradas para el cine; al espárrago, zumos de tomate y espárragos morenas, rubias y pelirrojas. En las cartas de T.T., salía su familia, sus amigos, su trabajo y otras más raras donde se la veía agotada, gritando o llorando...

Desde ese día, ¡puedo ver todas las cuerdas que hay a mi alrededor y trato de no tropezarme! Yo tenía muchas, pero mis extravagantes amigos me explicaron que van desapareciendo, si dejas de justificarte o de culpar a los demás de tu malestar.

Ante el cambio de actitud de Gadop y con esta explicación tan ilógica, los padres no supieron qué hacer o decir...

Todos se fueron a dormir y Edith se vio en sueños cuando tenía tres años:

–Papá, ¡quiero un globo!

–Bien Edith, coge bien fuerte esta cuerda para que no se escape, le dijo su papá.

Tenía un globo en la mano y sonreía feliz cogiéndolo muy, muy fuerte para que no se escapara.

–Papá, quiero esa muñeca.

–Aquí tienes cariño.

¡Era su adorable Viuti, con sus rizos rubios, el vestido de trapo y los zapatos rojos! Con la que dormía, jugaba, iba al colegio, pero tenía una cuerda...

–Papá, quiero ese perrito.

–Aquí tienes cariño.

¿Por qué tenía una correa que podía quitar, pero otra que no podía y que ataba a Rain con ella?

¡Qué curioso! ¿Qué le estaba pasando? Ahora, podía ver cuerdas que la unían a su papá, a su mamá, a su amiga María, a su... ¡vaso de leche!

¿Cuál era el sentido?

Cuando se vio llorando porque Rain apareció con Viuti entre sus dientes, creyó entender:

–¡Te odio! ¡Has destrozado a Viuti!

–¡Guau, guau!

–¡No lo entiendes!

–¡Guau, guau!

Después con el divorcio de sus padres, las cuerdas que la unían a ellos, se hicieron más y más gruesas. Intentaba hacer todo lo que le pedían, para que la quisieran y para no sentirse culpable... ¿de qué? Se esforzaba tanto y sin embargo... ¡parecían enfadados y sus cuerdas pesaban cada vez más!

El único momento de tranquilidad que tenía era cuando se tomaba el vaso de leche antes de ir a dormir y se acordó del día que no había:

–Papá, ¿podemos ir a comprar leche?

– ¡Cómo se nota que vas a cuarto de primaria y que no vienes de trabajar como yo! ¡A dormir y déjate de tonterías!

Notaba que la cuerda del vaso de leche tiraba de ella, pero no había nada al otro extremo, así que decidió cambiarlo por un bombón de chocolate... y ¡otra cuerda!

Ahora veía a su perro Rain enseñando los dientes para que no se acercara y, sin embargo, la cuerda era tan grande como su miedo a perderlo... Si ella lo cuidaba y lo quería, ¿por qué le hacía esto?

Ahora ella era Rain, que con metástasis de huesos, le avisaba que no se acercara porque era tanto el dolor, que la podía dañar sin querer... ¡Se quería separar para no dañarla!

Edith despertó sobresaltada y, por primera vez, sintió que todas esas cuerdas eran ella misma queriendo huir en busca de amor y seguridad. ¿Cómo podía salir de esa red? Fue a la cocina a beber un vaso de agua y su hijo, que la oyó, la abrazó y le dijo:

– ¡Te quiero mamá!

Esas palabras la atravesaron. Su hijo notaba las cuerdas y, sin embargo, reía.

–Gadop, ¿cómo salgo de este enredo?

–Queriéndote mucho y confiando en que la vida es perfecta.

Como si fuera el globo que no podía volar, un escalofrío la recorrió porque era ella quien se lo impedía para que no se escapara de sus manos.

Edith se sentó en el suelo y abrazó llorando a su hijo.

–Nada ni nadie nos pertenece.

–No te entiendo mamá.

–¿Por dónde empiezo?

–No lo sé. Cuando se trata de comida, empiezo por lo que más me gusta. Si son deberes, también.

Edith sonrió y se dio cuenta de que quizás debía empezar por lo menos doloroso... Primero soltó el globo, luego a Viuti... y, cuando quiso soltar cuerdas más gruesas, vio que necesitaba más tiempo. Entonces, sonreía y premiaba sus pasos: unas veces bailaba en el salón, otras veces merendaba con Gadop y otras lo acompañaba a jugar a paddle, donde no había quien le ganara con tanto salto.

Fueron pasando los días y, poco a poco, Edith estaba más y más radiante.

–Mamá, ¡están desapareciendo tus cuerdas y pareces una bombilla!

– ¿De bajo consumo?

–No lo sé, ¡pero eres brillante y se me acaba de encender una idea!

– ¿Tengo que saltar de la silla?

–Cuando sea mayor, fundaré *Gadop Padel* para distribuir material deportivo y seguir dentro del deporte que me apasiona.

– ¿No es un poco egocéntrico poner tu nombre en las camisetas?

–Mamá, no lo entiendes. Es inspirador: Generar Amor Depende de Observarte Primero.